

EL RETORNO DEL MITO: DIDO Y ENEAS

Juan Luis Caballero Domínguez

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Abstract

The myth, either real or imaginary, is a fact which transcends time and space. The tendency is to turn characters and events of the world history into myths.

The myth returns now and then in the world history, and even individuals may embody a myth. We all feel that certain circumstances and situations present in the myths are also present in our lives.

The relationship between DIDO and AENEAS represents a dramatic event culminating in tragedy. Dido obeys the dictates of her heart, whereas Aeneas acts as compelled by fate and the gods' will. As Dido and Aeneas, we spend our lives fighting desperately between our wishes and our duty, between our heart and our mind.

1.- PREMISA

Entramos en el templo sagrado del mito. Hay que “descalzarse”, porque la tierra que pisamos es sagrada. “Descalzarse” de cuanto sabe a lastre humano, social, familiar, personal. Atrás deben quedar las inquietudes de cada día, los hechos vulgares del quehacer cotidiano. Ante el mito sólo cabe una actitud reverencial de contemplación, reflexión, vivencia y emoción.

Entendemos por mito un relato que traduce, bajo forma de alegoría, una generalidad histórica, sociocultural, física o filosófica. Por mito se entiende también la idealización de un hecho o de un personaje histórico que presenta caracteres extraordinarios.

El mito, tomado alegóricamente, tiene un aspecto ficticio y otro real. El ficticio consiste en que lo que relata el mito, no ha sucedido. El real consiste en que lo

que cuenta el mito, responde, de algún modo, a la realidad. El mito es, pues, un relato de lo que podría haber ocurrido, si la realidad se identificara con el paradigma de la realidad. Expresiones que traducen esta idea sobre el mito pueden ser la italiana: “Se non è vero, è bene trovato” y la castellana: “Puede no ser verdad y haber sucedido”.

“El mito –dice José Echeverría– ha de expresar en forma sucesiva y anecdótica lo que es supratemporal y permanente, lo que jamás deja de ocurrir y que, como paradigma, vale para todos los tiempos. Mediante el mito queda fijada la esencia de una situación cósmica o de una estructura de lo real. Pero como el modo de fijarla es un relato, hay que encontrar un modo de indicar al auditor o lector más lúcido que el tiempo en que se desenvuelven los hechos es un falso tiempo, hay que saber incitarlo a que busque, más allá de este tiempo en que lo relatado parece transcurrir, lo arquetípico, lo siempre presente, lo que no transcurre”.

Una definición de mito que ha obtenido indiscutible éxito entre las formuladas a través de los tiempos, es la de H.J.Rose: “*el mito es el resultado de la operación de la imaginación ingenua sobre los hechos de la experiencia*”¹. Es decir, el hombre primitivo, y también el que no lo es, aplican su imaginación ante un hecho que aparece ante ellos envuelto en la intriga y fascinación. El hombre, pues, de todos los tiempos, se verá siempre rodeado de estos hechos y de estas experiencias y tendrá que reflexionar sobre su mismo permanente proceso de *mitificación* o *desmitificación* de personas y acontecimientos.

Fernández Galiano, citando a L. Cencillo, afirma que “los mitos se caracterizan por ser respuestas a las cuestiones más profundas y más graves que un grupo humano pueda plantearse: las de sus propios orígenes, su destino, el origen de las estructuras fundamentales de la existencia, el mundo, la realidad, el más allá de los poderes trascendentes y transhumanos. El hombre del pueblo ha llegado así a intuiciones privilegiadas que descubren conexiones insospechadas entre realidades transempíricas, intuiciones que los grandes pensadores, con la envoltura de una expresión abstractiva y lógicamente articulada, no ya mítica, volverán a obtener, de modo que todo sistema filosófico verdaderamente creador (¡Platón!) contiene en sus entrañas un mito fósil para el investigador atento. Pero además pocos conceptos tendrán una naturaleza más escurridiza, más reluciente a la clasificación concreta, tan cara a los humanos, que el propio mito”².

OTTO defiende que la Religión –y la Mitología como forma de expresión religiosa– nace de la tendencia humana a lo absoluto, a lo eterno, a la ruptura con los límites de la condición humana y, por tanto, histórica. Que lo divino, lo sagrado, tiene una existencia real, trascendente, pero no puede ‘conocerse’, sino sólo ‘vivenciarse’; tal vivencia o percepción se adquiere a través de la contemplación receptiva, la visión espiritual. Lo divino, por su parte, se manifiesta en multiplicidad de formas reales, materializándose sea en gestos, sea en palabras hierofánicas; en formas culturales o míticas. “Lo divino –afirma W. Otto– se manifiesta en Gre-

cia en la forma de sus dioses”. La mitología es así necesariamente religiosa: “Mito y culto son la misma cosa”³.

Para Vico y Schelling el mito posee una enorme trascendencia. Vico afirma que el mito es una *verdad histórica*. El mito, para él, es un modo de pensar que tiene sus características propias y que condiciona ciertas formas básicas de vida humana. El pensar “mítico” lo identifica Vico con el pensar “poético”. Para Schelling la mitología es una forma de pensamiento que representa uno de los modos como se revela el Absoluto en el proceso histórico. El mito es, por consiguiente, revelación divina.

2.- VIAJE AL MITO Y RETORNO DEL MITO

La historia del hombre es un proceso ininterrumpido de “mitificación”, de viaje al mito. Tendemos a mitificar personas y cosas. Las más de las veces se crea un mito que conviene a todas las épocas y a la humanidad, concebida globalmente. Más aún, el mito se convierte en la expresión de los sentimientos más profundos del alma, de las inquietudes, problemas, frustraciones, sueños, utopías e idealizaciones del hombre como ser individual y personal.

Y el mito “retorna”. El retorno del mito es la encarnación del mismo en la sociedad humana de cada época, en las inquietudes y frustraciones de cada generación, en la ilusión o desesperación de cada mortal.

Al estudiar los mitos de la antigüedad, con ese carácter “atemporal” que los distingue, reconocemos el paso del hombre concreto que pisa esta tierra, reconocemos nuestro propio paso, nuestra propia vida, personal e íntima.

Todos llegamos a ser conscientes de que tenemos algo o mucho de Edipo, de Agamenón, Orestes, Electra, Dido, Eneas... Lo mismo sucederá más tarde con personajes de la literatura universal y nos veremos reflejados y, a veces, hasta identificados, con la Celestina, Calixto, Melibea, D. Quijote, Sancho, Hamlet, Otelo, Leandro o Arlequín. Todos sentimos el mito adherido a nuestra propia existencia, resultándonos difícil, en ocasiones, distinguir entre lo que es encarnación y vivencia del mito que nos domina, de lo que es la trayectoria personal de nuestra existencia.

El “retorno” del mito se convierte así en un “ritornello”, que llega a ser como un “leit-motiv” en nuestra vida. Unas veces sentimos que nos arrastra la fuerza del mito y otras nos dejamos arrastrar por el mismo, arrojándonos indolentes a las corrientes de ese maravilloso río, para que nos lleve, nos traiga, nos purifique o nos envenene. Nada más apasionante que entrar en ese mundo mítico, donde las cosas y las personas cobran un nuevo y renovado vigor, enrolados en un mágico torbellino celeste, que todo lo inunda, lo mueve, lo mata o lo vivifica.

Y todo esto es la función de la poesía, hermana gemela del mito. Los ojos del poeta contemplan la realidad para “deformarla”, es decir, para idealizarla, trans-

formarla, sublimarla, divinizarla. Qué distinta es la palabra de un simple contemplador de personas y cosas, aunque se trate de un consumado científico, de la que nos ofrece un poeta sobre el mar, el sol, un árbol, una flor, una sonrisa, unos ojos, el amor, la vida, el dolor, la muerte... Por todo ello, no concebimos una vida real, que merezca el nombre de humana, sin la poesía, sin el mito.

Necesitamos el mito para vivir, para explicarnos la vida de las generaciones que nos han precedido. Necesitamos ojos de poeta para entender e interpretar este mundo de odios y de amores, para darle sentido al grandioso espectáculo del Universo, que se nos brinda a diario, para vivir el trozo de existencia que cada día se nos concede, con un alma encendida y un corazón apasionado.

3.- DIDO Y ENEAS

Aunque existen precedentes de estos personajes, es en la Eneida de Virgilio donde cobra todo su vigor el mito de Dido y Eneas, especialmente en el libro IV. Se inicia éste con la descripción de la inquietud y angustia de la reina Dido, tras la larga narración de la caída de Troya y las desventuras de los supervivientes troyanos, hecha por Eneas al final del regio banquete que le ha preparado a él y a sus compañeros, refugiados en las costas de Cartago, tras violenta y cruel tempestad, promovida por la rencorosa Juno.

Mas la reina agitada hace tiempo por grave inquietud, alimenta en sus venas la herida y en fuego secreto se consume. El valor sobrehumano del héroe y la gloria tan excelsa de un pueblo mil vueltas le dan en su mente; se mantienen su rostro y palabras clavados en su alma, la inquietud no concede reposo benigno a sus miembros⁴.

Este desasosiego está producido por el amor que siente la reina hacia el héroe Eneas, amor, a su vez, que ha sido inducido por Cupido, siempre obediente a los divinos mandatos. Dido, aconsejada por su hermana y confidente Ana, se decide a dar rienda suelta a los impulsos de su corazón. Eneas, incauto y complaciente, se deja “atrapar” por los lazos de este amor apasionado, que significa, también para él, un halago y una encendida ilusión.

Arde Dido infeliz y furiosa recorre la urbe, como cierva por dardo alcanzada, a la cual, descuidada, un pastor con sus dardos hirió desde lejos siguiéndola, en los bosques de Creta y dejó, sin saberlo, clavado el hierro volador: ella en su fuga recorre los bosques y quebradas dicteos con la flecha clavada al costado. Ora llévase a Eneas consigo a través de sus obras, las riquezas sidonias mostrando y la urbe dispuesta; si comienza ella a hablar, se detiene en mitad de la frase; cuando el día declina, de nuevo prepara banquetes, pide en su delirio otra vez escuchar el relato del desas-

tre de Troya, y de nuevo se queda pendiente de los labios de Eneas. Después, cuando ya se retiran y la luna brumosa, a su vez, va ocultando su luz, y los astros que van declinando aconsejan el sueño, sola se entristece en su casa desierta y se tiende en el lecho dejado por él. Ausente ve y oye al ausente, o bien seducida por la viva imagen de su padre, a Ascanio retiene junto a su regazo, por si tal vez pueda engañar a su amor vergonzoso⁵.

Las diosas Juno y Venus, con diferentes intereses, conciertan un pacto y preparan una “trampa” para la celebración del matrimonio. Dido actúa movida por su ardiente pasión. Eneas, como humano que es, lleno de sensibilidad, se deja arrastrar. El “delito” de esta unión, radica, por lo que respecta a Dido, en haber traicionado la fe prometida a su primer marido, Siqueo, ya muerto, y haber contraído nuevo matrimonio, aunque ella se siente exculpada de uno y otro pecado y desea vivir plenamente su pasión amorosa. En cuanto a Eneas, la culpa consiste en haber cedido al amor de la reina y en haberse olvidado de los grandes destinos que pesaban sobre él.

En este drama intenso y trágico de Dido y Eneas hay un movimiento de fuerzas que motiva y determina sus acciones. Estas fuerzas aparecen enfrentadas entre sí y las víctimas primeras son nuestros dos protagonistas. Queda disminuida, como es lógico, la responsabilidad de ellos, pero no queda disminuida su infelicidad. Estas fuerzas misteriosas, llamadas *fatum* en latín, pesan sobre la vida de los hombres, causando muchas veces situaciones altamente dolorosas. A Virgilio se le ha llamado el poeta del amor desgraciado; otros lo llaman “el poeta del dolor”.

La felicidad del matrimonio de Dido y Eneas dura bien poco. A oídos de Júpiter llega la acusación contra Eneas por parte de Yarbas, uno de los antiguos pretendientes de Dido, rechazado por ella, y enseguida envía a su mensajero Mercurio para que advierta con severidad a Eneas el delito de su demora en tierras africanas y su actitud recriminable respecto a Dido: *uxorius*, es decir, esclavo de una mujer. Eneas, aterrado, no tiene otro camino que rectificar, sin posibilidad de vuelta atrás. Para el héroe, que es y se siente profundamente humano, sensible, piadoso y lleno de ternura, no hay más trayectoria que la renuncia, el deber, el sacrificio, el dolor...”

Y al punto le increpa: ‘Tú asientas ahora las bases de la alta Cartago y construyes, rendido a tu esposa, una hermosa ciudad, olvidado, ¡ay, dolor!, de tu reino y destinos. El rey de los dioses, el mismo en persona, que el cielo y las tierras domina con su poderío, del Olimpo esplendente me hace venir hasta ti; por las rápidas auras me ordena traerte el mensaje: ¿En qué piensas?, ¿qué esperas gastando tu tiempo en la Libia? Si nada te mueve la gloria de hazañas tan grandes y no quieres tú mismo esforzarte por tu propia gloria, mira a Ascanio que crece y los sueños de Julio heredero, a quien débense el reino de Italia y la tierra romana’. Tras hablar de este modo, el Cilenio su aspecto mortal en mitad del discurso dejó y de los ojos de Eneas

se fue desvaneciendo a lo lejos en aura liviana. Eneas perplejo con esta visión quedó mudo, se erizaron de horror sus cabellos y su voz se anudó⁶.

Y surge la tragedia. La intuición de Dido, que “adivina” los preparativos de la partida. La primera imprecación a su amante, de quien se siente perdidamente enamorada. La respuesta de Eneas, fría, escueta, pero desgarrada. El “climax” que se va produciendo entre la amante que quiere retener a su amado, aunque sea por poco tiempo, con la ilusión, al menos, de tener un “retoño” de su sangre, que supla con su presencia y su fisonomía “paterna” a la persona amada.

Si al menos hubiese tenido de ti algún retoño antes de tu huida, y jugase delante de mis ojos en mi casa un Eneas pequeñín, de tu rostro la imagen, no me sentiría del todo burlada y dejada⁷.

La lucha titánica de Eneas por deshacerse del compromiso amoroso y acelerar la partida, para no volver a caer de nuevo en la tentación. Los argumentos de Dido, mezcla de odio y amor, rencor, nostalgia y desesperación, con la visión permanente de su próxima y violenta muerte. La mediación de su hermana Ana, solícita pero ineficaz. La impasibilidad de Eneas, irreductible, porque un dios le tiene “taponados” los oídos...

‘...Ya no pido el antiguo himeneo por él traicionado, ni privarlo del Lacio tan bello y que el reino abandone: pido un plazo muy breve de espacio y solaz a mi furia, hasta tanto mi suerte me enseñe, vencida, a sufrir. Te suplico esta gracia final (ten piedad de tu hermana), si la obtengo de él, le devuelvo en mi muerte con creces.’ Tales eran sus ruegos y los vuelve a llevar. Pero a aquél ningún llanto conmueve ni escucha benigno las quejas; se lo impiden los hados y un dios los oídos le obstruye⁸.

Eneas parte con sus bajeles. Dido consume su holocausto, traspasándose con la espada de su amante. Se separan para siempre. Nunca más vuelven a hablarse, ni siquiera cuando Eneas baja a los Infiernos e intenta perseguir la sombra de la reina, según la narración de Virgilio. El destino implacable separa eternamente a nuestros protagonistas: Eneas, el héroe de la renuncia y de la fidelidad a su destino, y Dido, apasionada, heroína del amor y del dolor.

Entonces Eneas, aterrado por las súbitas sombras, arranca del sueño su cuerpo y hostiga a sus hombres: ‘Despertaos deprisa, remeros, sentaos en los bancos; soltad prestos las velas. Un dios que me ha sido enviado desde lo alto del cielo, he aquí que de nuevo nos insta a huir con presteza y cortar las torcidas amarras. Te seguimos, oh santo entre dioses, quienquiera que seas, y de nuevo queremos gozosos seguir tu mandato. Asístenos y ayúda-

nos benigno y haz brillar en el cielo estrellas propicias.' Habló y desenvainó la espada reluciente, y su hierro tajante corta las amarras. Idéntico ardor se apodera de todos entonces; cogen todo y se lanzan, las costas abandonan, el mar debajo de las naves se esconde; remando con esfuerzo las espumas entorchan y barren las aguas azules⁹.

En dramático y trágico contraste con esta partida de Eneas, Dido apura y consume su fatal decisión:

Moriré no vengada, mas muramos. Así, de este modo me agrada bajar a las sombras. Que el Dárdano cruel esta hoguera la grabe en sus ojos desde mar adentro y con ella se lleve consigo el presagio de mi muerte." Así habló, y las doncellas, en medio de tales palabras, sobre el hierro la ven desplomada y la espada espumante de sangre y en sangre bañadas sus manos. Se extiende un inmenso clamor en palacio... Dido intenta sus ojos pesados alzar y de nuevo se desmaya; le silba la herida profunda en su pecho. Tres veces apoyándose en el codo, logró incorporarse y tres volvió a caer sobre el lecho, y con ojos errantes la luz en el cielo buscó y, hallándola, gimió.

.....

Así pues baja Iris cubierta toda ella de rocío, volando por el cielo con sus alas color de azafrán, desplegando, al bajar frente al sol, mil variados colores y sobre su cabeza se detiene. 'Ahora yo, por mandato, a Plutón esta ofrenda sagrada le ofrezco y te libro de este cuerpo': así dice y su diestra le corta el cabello; y todo el calor de su cuerpo al momento se esfuma y su sople vital en los aires se fue disipando¹⁰.

Resulta difícil compaginar la libre voluntad de Eneas con el mandato "ciego" de los dioses. Eneas actúa, al parecer, consciente y libremente, pero en la expresión confidencial de sus más íntimos sentimientos, aparece clara la lucha titánica entre su destino y sus apetencias personales. Él va a Italia, como le confiesa a Dido, *pero no por su propia voluntad*.

Mas ahora ir a Italia, la grande, Apolo de Grinio me lo ordena, y a Italia también los oráculos Licios; mi amor y mi patria allí están. Y si a ti, la Fenicia, te retienen Cartago y sus muros y el ver tu ciudad de la Libia, ¿por qué no ves bien que los Teucros al fin se establezcan en tierra de Ausonia? Justo es que nosotros unos reinos lejanos busquemos. A mí cuantas veces la noche recubre la tierra con húmedas sombras, cuantas se alzan los astros de fuego, la pálida sombra de Anquises, mi padre, entre sueños me advierte y me aterra; también mi hijo Ascanio y la injuria a su cara persona, a quien privo del reino de Hesperia y del campo asignado por los hados. Ahora también de los dioses el nuncio, enviado por Júpiter mismo (pongo por

testigo nuestras dos cabezas), a través de las rápidas auras, trajo su mandato: yo mismo vi al dios, en luz clara, en tus muros entrar y le oí con mis propios oídos. Deja ya de agravar tu dolor con tus quejas y el mío; a Italia no voy por mi propia voluntad¹¹.

Éste es uno de los puntos claves del mito de Dido y Eneas, que trasciende el espacio y el tiempo y “retorna” o “se encarna” en nosotros. Cada uno de nosotros tiene un destino que cumplir en esta vida, una misión que realizar. Somos un Eneas que avanza hacia la consecución de los propios ideales. Pero en el camino surgen obstáculos que nos hacen vacilar, perder de vista y hasta apartarnos de nuestro destino. El más fuerte y definitivo para Eneas es el amor de una mujer, de una hermosa reina profundamente enamorada, que le brinda su reino y le pide su mano. Dido está presente también en nuestra vida, en forma de pasión que nos ciega, nos domina y nos aparta de nuestro camino. Cada día de nuestra existencia tenemos el mito de Eneas y Dido clavado en nuestro ser de forma indeleble. La lucha implacable entre lo que debemos hacer y lo que hacemos, entre lo que queremos ser y lo que somos. Lucha implacable entre la metafísica y la lógica de nuestra vida, que nos tortura, inexorable, hasta el final de nuestra existencia.

Y tendremos, como Eneas, que dejar en el camino personas y cosas que nos aparten de nuestro destino, con el corazón desgarrado, las más de las veces, por las consecuencias, a veces trágicas, de nuestras decisiones.

El mito de Dido y Eneas retorna como un “ritornello” en nuestra existencia cada vez que sentimos el agujón de esta lucha tirana, despiadada, que pone a prueba nuestro temple de héroe o deja simplemente al descubierto nuestra pobre condición humana.

Notas:

1. J. Rose, *A Handbook of Greek Mythology*, Londres, Methuen, 1928; *Mitología griega*, Barcelona, 1970, p. 22.
2. M. Fernández Galiano en la introducción al *Diccionario de Mitología Clásica*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, 1981, pp. I-II, citando a L. Cencillo, *Mito, semántica y realidad*, Madrid, B.A.C., 1970.
3. W.F.OTTO, *Theophania, Der Geist der altgriechische Religion*, Hamburgo, 1956; trad. cast. Buenos Aires, 1968, pp. 7, 27 y 28 (citado por María Teresa Clavo Sebastián en su *Proyecto Docente para titular de Religión y Mitología griega*).
4. *Aen.* IV, 1-5. Traducción de Juan Luis Caballero.
5. *Aen.* IV, 68-85. Traducción de Juan Luis Caballero.
6. *Aen.* IV, 265-280. Trad. de J.L. Caballero.
7. *Aen.* IV, 327-330. Trad. de J.L. Caballero.
8. *Aen.* IV, 441-440. Trad. de J.L.C.

9. Aen. IV, 571-583. Trad. de J.L.C.
10. Aen. IV, 663-666; 688-692; 700-705. Trad. de J.L.C.
11. Aen. IV, 345-361. Trad. de J.L.C.